

sus claras y sagradas fuentes o enturbiándolas con intención inocultable. Duarte es de la clase de próceres que necesita nuestra patria; es el patricio cuya veneración urge fomentar en el espíritu de las generaciones dominicanas; nó el culto de héroes a veces sin principios, cuyo valor, que es planta vulgar en nuestra tierra, los encumbró a las primeras magistraturas del Estado, donde fué una fatalidad que se pusiese a prueba el patriotismo cien veces demostrado en la batalla. El héroe es un sol cuya luz no necesita señalarse, pero que toma sus resplandores del fiat-lux que rige el universo. La voz del génesis, como el pensamiento del patriota, perdida y quizás olvidada en la inmensidad de lo creado, es la estrella inapagable que, para sorprenderla y admirarla en su radiante plenitud, es menester mirar hacia la altura. En ella hay que buscar a Duarte, por encima de los hombres de su tiempo y de la informe obra de los héroes y de los políticos mezquinos que lo convirtieron en el Aristides dominicano, al hundirlo en las tristezas y desazones del destierro.

El patriotismo sin par de Juan Pablo Duarte, su radical nacionalismo, sus saluda-

bles ideas políticas, su religiosidad, su misticismo, su grandeza en la adversidad, su culto de la amistad, su abnegación, su estoicismo y hasta sus eternos infortunios, son atra-yentes fases de su vida, merecedoras de estudios especiales que vayan constituyendo los elementos necesarios para su biografía definitiva, porque ya está cercano el centenario de la República concebida por él, sin que se le haya erigido en la literatura histórica dominicana, junto al que dejó la mágica pluma de Tejera, el monumento digno de sus glorias, más perdurable y aleccionador que el bronce inerte que se levanta en la plaza de su nombre inmortal.

Dice Ortega y Gasset, que "el sistema de ilusiones de cada persona es lo que constituye su vida". Tras ese prisma debemos contemplar a Duarte; que en el conjunto de sus virtudes, de sus obras y de sus eternas ilusiones de patriota sorprenderemos en su magna grandiosidad la personalidad que no es aún popular en nuestra América, por falta de clarines que pregonen su gloria, la más pura, la más alta, la primera en la historia y en el corazón de los dominicanos.

12 de Octubre de 1935.

## Discurso de recepción y de bienvenida, leído por el Maestro Dr. Fed. Henriquez y Carvajal, Presidente de la Academia

Señores Académicos;

Damas i Caballeros:

Acabais de oír una afirmación i ahora oíréis una confirmación.

Duradera como pocas, i quizás como ninguna de las más antiguas, ha sido en el curso de los siglos i llega hasta la centuria que cerrará el segundo milenio de la era cristiana, la tradición que fija en la edad proyecta la aptitud i la experiencia necesarias para el ingreso en determinadas corporaciones de índole científica o de carácter político. La senectud ha sido, en un lapso de evos, una credencial para quien aspira a ocupar la curul patricia en el Senado o el sillón alfabético en la Academia. **Fortunate senex!** cantó el cisne de Mantua...

Desde el alba de la vida histórica, cuando las tribus nómadas se hicieron sedentarias i hubo el gobierno de facto, pues el de jure advino como consecuencia del régimen jurídico del Estado, en las tres secciones continentales del mundo antiguo establecióse el Consejo de los Ancianos. Era un grupo selecto. Componíase de sacerdotes de lenguas barbas encanecidas, fluminenses, al servicio del culto religioso sobre el ara de la tumba, i de

jueces, no meros seniles i venerables, no para detener el sol como Josué, sino para impartir justicia aunque fuese como el famoso Alcalde de Zalamea.

Africa i Asia dan testimonio de ello. Así lo hubo en Egipto, en China, en Caldea, en Arabia, en la Judea i en la India. Europa pisó sobre sus huellas. Grecia i Roma, cada una a su turno, instituyó tales consejos con venerables patricios o con ciudadanos conspiciuos, a quienes casi nunca se les jubilaba. Húbulos también en el Nuevo Mundo. Húbulos en la indeterminada época precolombina. Los monarcas del Anahuac i de México, los incas del Perú i del Cuzco, los caciques del Caribe i de las Antillas, respectivamente, contaron con el voto consultivo de su experiencia. El Consejo de los Ancianos parece haber dado origen a esa tradición milenaria. Es una hipótesis admisible.

Pero la tradición, aún la de mayor arraigo i aún cuando llegue a convertirse en una costumbre, como cualesquiera otras manifestaciones de la vida social o de la vida política, no está fuera de la lei sociológica de la evolución indefinida. Así se vió en el siglo décimonono, que no en vano se ciñe el lauro épico de la independencia bajo el régimen



de la democracia representativa. Así se ha visto en los siete lustros ya transcurridos del presente, el vigésimo, cuyo es el triple legado que lo caracteriza: el socialismo económico, el principio de las minorías i la interdependencia de las naciones que forman la Magna Civitas.

Ni el cabildo, ni el senado, ni la academia, ni el tribunal supremo, cuerpos colegiados, se integran ya totalmente con nevadas testas vetustísimas. A la mitad—i en ocasiones a menos—se ha reducido la edad sexagenaria otrora requerida para recibir la investidura como individuo de esas corporaciones. En nuestro país no faltan ejemplos. No aludo a los casos violadores de la ley—que los ha habido i no pocas veces—sino a casos normales al abrigo de las leyes. Tal vez baste con dos citas. La una: Meriño sólo tenía veintisiete años cuando asumió, en 1859, la jefatura de la arquidiócesis, sede vacante, en la histórica Ciudad Primada de las Indias; i entonces pudo ser—si se hubiese reorganizado el cabildo—el joven deán de la Catedral Metropolitana. La otra: Uno de sus discípulos cumplía los treinta, la edad prescrita por la ley sustantiva, cuando el voto unánime de los samanenses, a fines de 1878, le impuso la toga viril de senador por la provincia cuya es la península que, como una espada, soñía vibrar en resguardo de la bahía—golfo de las flechas.

La tradición persistió en algunos países donde imperó el absolutismo “de orden del rei”; i las academias han sido las más rehacias al respecto. La evolución, sin embargo i aunque a paso lento, va ganando terreno. Sé de una que, bajo la dirección sucesiva de un prócer octogenario i de otro nonagenario, en el tercio final de la pasada centuria, no era accesible sino a escritores de edad madura; pero que, ya en el primer tercio de este siglo, presidida por un estadista i orador preclaro, primero, i luego por un maestro i escritor doctísimo, ambos en el otoño de su noble vida, ese mismo centro de cultura les ha dado fácil acceso a críticos, ensayistas, dramaturgos i noveladores que gozan aún de los dones de juvenilia.

He traído a colación o a cuento, según os plazca, las frases relativas a la tradición o costumbre en que me ocupó—a guisa de exordio de mi discurso—como para compensar e ilustrar con ellas las que el recipiendario dedica, en actitud modesta i con sencillas palabras, a excusar su presencia a deshora, en la del alba, en el seno de la Academia de la Historia. I ampliolas de buen grado i en honra suya.

La juventud ofrece dos distintos aspectos. En unos, regalo de los dioses, es un placer efímero, como exclusivo del organismo fisi-

co; en otros, primavera de la vida, es un goce que va de la superficie al fondo, como exclusivo del organismo moral en las tres potencias del alma: la voluntad, la razón i la conciencia. El joven académico no figura en el montón casi anónimo de los unos; sino se perfila en el grupo minorista de los otros. Porque para él nunca hubo el placer de la holganza ni el de los deportes exclusivos; sino el sereno goce mental i estético de los estudios con disciplina. Como estudiante fue un modelo, dentro i fuera de las aulas, i lo es como estudioso. Las aulas escolares, para él, fueron una promesa; i en las cátedras universitarias de la Facultad de Derecho, luego, coronó con el éxito i la investidura la noble carrera civil del foro i los estrados.

Su vocación ha sido evidente, en el ágora de la historia, i hála demostrado en la búsqueda de documentos i en las investigaciones históricas, con algunas páginas insertas en diarios i revistas i con ensayos monográficos que fueron premiados en concursos cívico-literarios. Con ese promisor bagaje—que irá formando un rico acervo—bien pudo ser seleccionado, i lo fué en buen hora, entre un distinguido núcleo de jóvenes no menos dignos i de no menor cultura histórica.

Advierto además, o se me ocurre, que, como los doce individuos de número se integran de nuevo con los dos académicos recién elegidos, el joven recipiendario será, desde hoy i por algún tiempo, el bienvenido i bienhallado Benjamín de la Academia Dominicana de la Historia. Así sea!

Emilio Rodríguez Demerzi no ha venido solo a ocupar el sitio destinádole bajo el sol indohispano de este centro de cultura i de civismo. La imaginación alada—que no siempre ha sido una ardilla ni la loca de la casa—vuela a todo lo largo i en torno del pretérito i logra dominarlo i alcanza a ver al adolescente que, en un día cualquiera, aléjase de la villa costera—parcela de vida al margen de la gran bahía samanese—en donde se meció su cuna, para ser internado en un colegio de la Vega Real i el alto cerro santificado por una tradición religiosa i por el milagro de la virgen; recorrer más tarde la costa atlántica de la isla española, para detenerse en la región feraz i de fáciles cultivos que le dió a su familia el precioso regalo del fundo i el hogar campestre; i para fijar al fin su residencia urbana, otro día inolvidable, en la altiva ciudad porteña que luce, como su mirador o su atalaya, la enhiesta montaña heráldica de la legendaria Isabel de Torres.

La imaginación, persistiendo en su vuelo de fantasía, lo ha visto ahora venir, desde la ciudad isabelina, apoyado filialmente en el



brazo cordial de quien, en espíritu i como maestro i guía, ha venido acompañándole para cederle el sillón de la letra D. El momento es emotivo. Lo es en grado sumo porque—presa como fué de una mortal dolencia que lo llevó a la tumba—aquel hombre bueno i ejemplar ciudadano, nuestro colega fenecido, no llegó a ocupar ese sillón vacío en su honorable condición de miembro fundador e individuo de número de la Academia de la Historia.

El Licenciado Emilio Prud'homme— a quien sucede el recipiendario como individuo de número en este centro de investigaciones históricas—es el amable guía que lo ha acompañado en espíritu, i en honor de quien, con algunos párrafos de amor i justicia, acaba de hacer el joven académico un encendido elogio póstumo. Para Emilio Rodríguez Demorizi era fácil i era grato encarecer, como lo ha hecho, las manifestaciones de esa vida sencilla, la del poeta i maestro amado, llena a veces de claridades de luna i a veces de esplendores de estrella. Con cálida frase—pues gratitud como nobleza obliga—le ha reudido parias al servidor honesto del Estado en las tres funciones de gobierno, al abogado i al maestro, i al autor de la letra del himno coral que ha llegado a ser, merecidamente, el himno nacional dominicano.

No es, sin embargo, al versificador de los decasílabos adaptados por el compositor a la música marcial de su himno, a quien, en primer término, nos cumple hacerle encendido elogio en este acto público de reconocimiento de las prendas i los dones de su noble espíritu. No menos valiosas son las otras credenciales que luce; i una hai que le ciñe el mejor de los lauros atribuidos a su labor de cultura i de civismo. Tales son: las del abogado austero i pulcro, i las del juez de recta conciencia moral i jurídica; las del legislador fiel a su mandato i a su investidura, i las del secretario en el consejo ejecutivo del gobierno civil nacionalista; las del poeta de las silvas a la escuela i a la patria i los madrigales i baladas henchidos de ingenuidad i ternura; i, en un plano superior i cimero, las más nobles credenciales de su noble i modesta vida; las del educacionista i maestro, honra del normalismo, con cuarenta años de vocación fervorosa i de servicio tesonero en el augusto i civilizador ministerio cívico de las aulas escolares.

Ahí lo teneis en su integridad espiritual. Así lo ha visto, con los ojos del alma, su sucesor reconocido. Tal fue el ilustre académico fenecido.

Señores:

Entro ya en el tema de evidencias históri-

cas sobre el cual ha discurrido en su disertación, lucidamente, el recipiendario. Para mí, como para él, ningún otro de mayor interés biográfico ni más acepto por la magnitud de su valor cívico i de su valor histórico. Ese tema es mi predilecto. Acaso también lo sea para la Academia de la Historia.

D u a r t e !

Su sonoro apelativo, andaluz o hispalense, es como una clarinada sobre el baluarte épico i bajo la égida de la bandera trinitaria. Es como una síntesis de ingentes virtudes, de magnas ideas i de óptimos ideales.

D u a r t e !

Su vida de prócer eximio es una fecunda almáciga i, a la vez, una mina de oro inagotable. Vida hercúlea, como pocas, como ninguna en torno suyo, por la rara energía de su perseverante esfuerzo moral i volitivo; vida cristiana, por excelencia, por la intensidad i la extensión de su sacrificio heroico.

De la superhombria de Juan Pablo Duarte, como creador de la nacionalidad dominicana, dan testimonio fidedigno sus tres jornadas sin paralelo conocido:— Cinco años de asiduo estudio del medio, con el concurso de sus relaciones i merced al prestigio social por él adquirido en ese lustro; seis años de improbable labor revolucionaria, organizada i dirigida por él como único jefe, la cual culminó con la proclamación hecha en el Baluarte la noche épica de Febrero; i treintidos años de reclusión en las selvas de Río Negro i de aislamiento bajo la pesadumbre de su propio monólogo interno, como Hamlet, sintiendo en la noble entraña cordial el infamante estigma de la diabólica proscripción vitalicia. El la convirtió en voluntario exilio, en un gesto cívico insuperable, antes que acogerse a la amnistía insincera otorgada por quienes, en ejercicio pleno de la tiranía a ultranza, jamás tuvieron fe en el porvenir de la patria.

En torno a Duarte. . . . El epigrafe del tema elucidado sugiere, apenas oído, un aito símil con o sin hipérbole. Este: en torno de un faro, monumental, que alumbró el escenario de nuestra historia. Pensad por un momento en el magnífico faro colombino en proyecto.

Hogadamente se ha movido el joven académico en torno de la vida i la obra de Juan Pablo Duarte. En su obra i en su vida nos hace ver al prócer egregio con sus características espirituales. Séame la ocasión propicia para seguirle en ese viaje circular al rededor del héroe.

El misticismo ofrece dos aspectos; i hai



que distinguirlos. Es, en uno, exclusivamente subjetivo i contemplativo. Dijérase que su luz es sólo interna i no se proyecta al exterior sino como algo imperceptible. Ese misticismo, introspectivo i estático, lo profesan algunos espíritus religiosos que viven—i a veces mueren—en olor de santidad, i se exhalan en votos i plegarias. En algunos poetas, como Amado Nervo, hace de la lira un ara santa. En el otro—aunque también radica en el sujeto, es siempre activo i actúa, como una fuerza centrífuga, en actividades de diversa índole. Santa Teresa de Jesús, la doctora mística, superadora de su sexo como antes lo fuera Isabel la Católica, es un alto ejemplo histórico de misticismo activo. El misticismo de Duarte fue como el de la excelsa escritora avileña. El mentor, el apóstol i el maestro formaron en su espíritu un triángulo equilátero; i sus ángulos actuaron sucesivamente i luego en acción conjunta. El mentor orienta; el maestro educa, el epóstol edifica. Eso hizo Duarte. Así es como el magisterio culmina en apostolado. Con esa investidura trinitaria, como un símbolo, como los colores de la bandera i el lema de su escudo, fue al mismo tiempo el patriota, el inductor i el jefe único de los legionarios de la causa libertadora. Así fue como lo vieron, lo amaron i lo siguieron sus amigos, sus discípulos i sus partidarios no personalistas. Así lo vió, lo amó i lo siguió el selecto grupo de los trinitarios—los iniciados por él i por él juramentados—que el 16 de julio de 1838 constituyeron el núcleo de la red extendida en todo el país bajo su dirección suprema. Así pudo verlo, en espíritu solar, la legión febrerista i trinitaria la noche de la gesta victoriosa del épico baluarte: el Arco de Triunfo de la Independencia! I así se le vió regresar del ostracismo i se le recibió con vítores i palmas i se le aclamó como el Padre de la Patria.

Así lo ha visto también, en su vida i en su obra, i nos lo ha hecho ver en su claro i sereno discurso el nuevo académico. I con igual criterio cívico e igual sentido ético, acrisolados en un ponderado juicio crítico, también ha visto al patriota tal como se destaca en su obra i en su vida.

El patriotismo es una síntesis. Duarte, por sus virtudes, fué un modelo de hombre i de ciudadano. El más virtuoso de los atenienses le sugirió su nombre de guerra; i Duarte fué el Aristides entre los trinitarios del primer cuadrado del número simbólico que le sirvió de raíz a la Trinitaria. Su patriotismo es diáfano e inmaculado. Nada lo nubla. Nada lo empaña. Nada lo eclipsa.

Como un deber imperativo, austero i absoluto, fue su acendrado patriotismo. Fue cual

un sol sin ocaso, en su alma i en el cielo de la patria, i su luz siguió iluminando las mismas sombras que lo envolvieron, en la reclusión i el aislamiento, cuando sonó la hora trágica de su triste destino.

Dos hechos de ejemplar civismo elevaron su patriotismo a inmensurable altura histórica. Uno: su carta-orden para la entrega del acervo de la familia, huérfana de padre, obligándose él a reintegrarlo, con destino al fondo revolucionario. Otro: su actitud viril en contra de toda ingerencia extraña con daño de la soberanía. Su consigna, en el primer caso, fue ésta: "Todo por la Patria". Su protesta, en el segundo, fue un acto oficial; i el vaticinio de Juan Isidro Perez—el trinitario pensador que perdió el juicio a modo de ofrenda de amor a la patria i a su creador preclaro—cúmplase ya como un fallo de justicia histórica. Repitamos con el "ilustre loco":—"Duarte fue el único vocal de la Junta Gubernativa que se opuso a la enagenación de la península samanésa"....

Duarte se perfila también, en el discurso que comento i contesto, como mártir i como héroe. El martirio suele ser la pira en que el heroísmo se acrisola. El martirio de Duarte acaso no tenga ejemplo. No fue físico, sino psíquico. Once años de consagración a su magna obra nacionalista—¡oh antítesis i paradojas de la política del egoísmo!—fueron contrastados con trentidos de martirio moral sin intermitencia. Su monólogo interior—al ver mistificada para siempre su obra de amor i de dolor ungida con la sangre de su espíritu—lo absorbió perennemente. Su martirio evoca el suplicio de Tántalo. En religioso silencio lo padecía. Pero lo que callaba la lengua enmudecida—que jamás se quejó ni maldijo—iba denunciándolo su macerado i demacrado organismo físico. Cito solamente un dato cierto que da testimonio de ello.

Cuando Duarte llegó al Cibao, en armas contra la anexión inconsulta e impuesta al pueblo tiranizado, a principios del año 1864, i se detuvo en Santiago de los Caballeros—precisamente en donde, veinte años antes, hábales dado a sus conciudadanos una elocuente lección de civismo, al declinar su proclamación como primer Presidente de la República—solo tenía cincuentiuno cumplidos. Allí puso su espada al servicio de la causa restauradora, cual un soldado cualquiera; i el gobierno desairó su patriótico ofrecimiento. Túvosele por un anciano. Fue un prejuicio. Su hermano, una década mayor que él, estaba entonces en la línea de fuego por la región oriental, i Luperón rendíale parias a su patriotismo heróico. Nadie se dió cuenta del error sufrido; i el alto prócer, extrangero en su patria, hubo de abandonar el país, a



no volver sino en urna cineraria, con una embajada ad-honorem. Años después, en relación con ese hecho, un joven oficial restaurador me decía:— “Duarte había envejecido, bajo el peso de su prolongado martirio, i se le tuvo por un anciano valetudinario.

Doce años transcurridos, en 1876, moría en Caracas, casi como el soldado desconocido, con la apariencia de un octogenario, cuando no de un centenario.

Con él se había iniciado, en 1844, incruentamente, el martirologio de los próceres dominicanos.

El héroe integra la nómina de sus características—que son como facetas de un diamante—i ocupa el centro en el círculo de su vida luminosa. La vida de Duarte fue toda i es un modelo de heroísmo a lo Carlyle. . . .

Rodríguez Demorizi lo ha visto aún bajo otro aspecto casi desconocido. Un documento autógrafo lo revela como pensador i constitucionalista, o, cuando menos, como liberal e ilustrado constituyente. Se trata de un proyecto de lei sustantiva, inconcluso, manuscrito de puño i letra del patriota. Ese proyecto de Constitución debió ser articulado—como lo induce el recipiendario—en aquellos días de interrogaciones i exclamaciones para el patriotismo en vela, cuando el prócer esclarecido era “el único vocal que formuló la cívica protesta nacionalista en el seno de la Junta Gubernativa”.

Ocupa las diez últimas páginas del discurso—i son treinta las de su contenido—el examen crítico que ha hecho de sus tópicos de mayor relieve; los que le sirven de base ética al régimen social i los que le sirven de base jurídica al régimen político. Holgaría, pues, el comentario a los conceptos i al juicio formulados i emitidos por el disertante en esa postrera parte de su disertación, porque ellos se fundan en los mismos datos que suministran el precioso documento en referencia i la propia obra nacionalista realizada por el apóstol i maestro de las falanges trinitarias i febreristas. Pero acaso no huelgue el ponderar, a la luz de su edificante patriotismo, el fecundo espíritu cristiano i filosófico con que Duarte armoniza la moral con el derecho i resume en la soberanía—inmanente como la justicia—los atributos inherentes a la nación que se constituye.

Es evidente—i salta a la vista—que la orientación constitucionalista de Juan Pablo Duarte era más avanzada i superó a cuantas, para satisfacer las egoístas exigencias del centralismo presidencialista, influyeron en la mayoría de las constituciones, sin orientación o desorientadas, que han regido en el país las funciones del gobierno i el ejercicio de los derechos individuales i absolutos.

Ese es un nuevo lauro en la corona cívica de su proceridad primogénita.

Mirad, señores!

Es el alba de nuestra historia patria. Pasa Duarte i se le ve de alma entera en el espejo luminoso de su propia vida. Tal se le vió en el sexenio generador de su obra nacionalista, en un claro momento de adhesión sin reservas i de amor abnegado, seguido por la juventud que lo tuvo por su mentor i guía i lo aclamó como el jefe único de la revolución libertadora del dominio intruso. Tal se le vió, evocado por mí, el año 1894, ante la Junta Erectora de la Estatua del Héroe, en el momento psicológico en que, “con la diestra mano a la altura del corazón magnánimo i la mirada escrutadora en las lejanías del futuro”, pronunciaba el juramento promisor de la epopeya victoriosa. I ahora lo vemos como lo vió José María Serra, ilustre prócer trinitario de la primera hora, que tan a fondo lo conocía, cuando iba a pronunciar el fiat creador de la patria nueva. Así nos lo presenta, en esta imagen fidelísima, como un predestinado i tocado en su espíritu por la divina gracia.

. . . . “I lo ví transfigurado! Sus ojos azules, de mirar sereno, le centelleaban; su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, en aquel momento parecía deberle su color a la amapola; sus labios finos, donde de continuo una dulce i cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquella alma noble e inmaculada, veíalos convulsos agitando el negro i espeso bigote que, a la vez que formaba contraste agradable con su dorada i poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de la frente, dábale magestad a su fisonomía”. “Con el pecho erguido, adelantando el paso, acompañando la acción con la mano derecha, como si terminara una arenga concitadora ante el pueblo, repitió: — “Fuera toda dominación. . . Viva la Libertad! ¡Viva la República Dominicana!” . . .

I el maestro ultraoctogenario, a su turno, con el verbo aún en llamas estelares, tiende las alas de su espíritu, dominadoras del tiempo i del espacio, cual la paloma bíblica del mensaje de paz i de vida, i, con el alma henchida de amor i sedienta de justicia, elévase a la altura de la más eminente cumbre del patriotismo dominicano—J U A N P A B L O D U A R T E — i, ya en la cima, plégalas con temblor sagrado i actitud reverente, tal como suele plegarse la bandera nacional, símbolo de amor, de heroísmo i de gloria, en ocasión de los actos festivos del civismo,—para rendirle los honores máximos al héroe por excelencia, como ilustre Padre de la Patria i perillustre Fundador de la República!

